

Una casa empapelada

Diseño de interiores

FÁTIMA VÉLEZ

ADRIANA BERRÍO (ilustración)

Cardumen, Bogotá, 2019, 50 pp., il.

HAY QUIENES dicen que somos los espacios en los que vivimos, o que esos espacios son espejo de nuestras personalidades. Que una casa ordenada es una vida ordenada. Que limpiar las habitaciones es limpiar el alma. Que lavar la ropa es lavar nuestra conciencia. Pero eso es discurso de meme motivacional y las cosas no son tan fáciles, ni las casas tan sencillas. *Diseño de interiores*, de Fátima Vélez y Adriana Berrío, explora ese enredo, que es como una esquina en la que con los años se han acumulado capas y capas de telarañas. Después de leer este poemario, nos damos cuenta de que esas telarañas ya no son una red funcional con un patrón perfecto y bien definido, sino un nudo suave de polvo y pelos que se acumulan y se limpian a veces sin darnos cuenta.

A pocos libros podemos decir que “entramos” como a *Diseño de interiores*. Abrimos sus tapas, dos puertas rojas y grandes, y a lado y lado nos encontramos con un poema, “Mudanza”. Como el primero del libro, nos ayuda a entrar en él, a destaparlo e iluminar sus espacios. Allí están algunos de los elementos que habitan toda la colección: la maternidad, el animismo con los objetos, la comida, lo propio y lo ajeno, la relación entre nuestra voz y los espacios. Así como están allí las características más sobresalientes de su lengua: palabras de la cotidianidad, voces en diálogo, vocabulario de la casa y la memoria.

Pero, aunque “Mudanza” pueda ser leído como el “primer” poema, es difícil establecer un orden claro, y sobre todo único, para navegar entre los distintos textos. Incluso este mismo texto nos presenta ya un problema, pues está distribuido entre dos páginas que podrían ser la primera y la última del libro. Y una vez terminada su lectura, ¿hacia dónde vamos? ¿Cuál nueva puerta o ventana abrimos? ¿Cuál es el siguiente poema? ¿Y cuál es el que va después? En su propio “diseño interior”, el libro de Vélez y Berrío (y Algorta, hay que sumar, pues la edición y el diseño están

a su cargo) es una exploración del espacio doméstico del libro mismo, de los espacios que pueden crear sus páginas –que son puertas y ventanas– al abrirse y cerrarse.

Pero la casa no es solo un espacio. En “La casa” es también un ser, una especie de animal que “cruje brama aúlla truena maúlla ladra”, un animal “ojos azabache / pupilas dilatadas”, con cola, que se habita a sí mismo y entra en sí mismo. La casa está viva, como los objetos que están en ella y le dicen a la voz poética en “Mudanza”: “Sácanos de las maletas / Ordénanos en las repisas”. Y como los rincones, que “hacen desaparecer / cosas / y gente”. Las ilustraciones de Adriana Berrío exploran también este tráfico entre lo vivo y lo inerte: encontramos una escalera cuya pata es un pie humano, unos tenis que tienen manos al final de unos cordones peludos, un horno en cuyas perillas hay ojos, y una silla cuya pata surge de un florero como el tallo de una planta (¿el árbol que fue la madera de la que está hecha?).

Pero los “objetos” que tienen una mayor presencia son los alimentos. Brócoli, zanahoria, pollo, carne, café, cereal, sopa, arroz, nata, pan, cilantro, leche, azúcar... la lista del mercado sigue. En “Aquí”, leemos: “en la espera / de esta sopa / en la nata / sobre el plato / mi lengua / usa con frecuencia el como”, y quedan así entretejidas la cocina, la comida y la lengua como órgano del gusto y del habla. La lengua de las papilas y la lengua de las palabras, que se nos suele olvidar que son la misma: esa lengua materna que nos alimenta y nos enseña a hablar.

Y también la comida habla por sí sola, nos dice algo que queremos o debemos aprender a oír. Como las brujas que leen el té o el chocolate en el fondo de una taza, “Casa paterna” nos habla de “la manía de buscar dictados en las formas del brócoli”. Si la lengua come y habla, la comida dice, es una forma del lenguaje, como en “Vox”: “andas oyendo el dictado de la olla que hierve”. En forma de arte poética culinaria, sigue: “[...] una voz de alimentos congelados que han perdido su valor nutricional / dice que tal vez puedas hacer de su forma un sabor organizado”. Cocinar, como hacer poesía, es escuchar la voz de algo que desde el umbral de la muerte nos pide que le demos vida a su forma.

Entre la muerte sin forma y la vida organizada está el padre. “Pater familias quiere decir el señor de los esclavos”, dice uno de los poemas. En otro, vemos la “casa paterna” como una “cosa liberada de formas”. Es una casa pobre (“los objetos contra los pobres rincones / las pobres ventanas / los pobres estanques”), ordenada por un padre “que no se quita nunca el sombrero”. Es quizá el mismo padre que en otro poema dice: “que se está prostituyendo / porque eso o lavar platos / es lo único / que se puede hacer / allá tan lejos”, ese padre con “sus mujeres de quince tetas grandes uniforme católico”. En *Diseño de interiores*, en cambio, se diseña una casa diferente. Una casa que no se ordena, sino que se organiza: se lleva a ser un organismo que se cuida y se alimenta.

Las ilustraciones de Berrío tampoco están “ordenadas”, como querría el padre. Son, en cambio, composiciones organizadas, en las que los elementos están uno sobre el otro, o uno dentro del otro, como están las cosas en una casa viva. Dos de ellas, las más predominantes, son casi experimentos de equilibrio: un objeto sostiene a otro objeto que sostiene a otro objeto que sostiene a otro. En el borde, a punto de derrumbarse o flotar, los elementos nos recuerdan que una casa es la galería de arte más extraña: que allí conviven los muebles con las frutas, los juguetes con las plantas, las baldosas con los guantes. Y que el equilibrio entre todas esas cosas no existe de antemano, sino que se va creando siempre.

Además de todos estos elementos, es difícil no encontrar en *Diseño de interiores* un diálogo con las exploraciones del modernismo latinoamericano alrededor del espacio privado y la subjetividad. Los interiores lujosos y refinados de los modernistas (en medio de ciudades que se llenaban de hierro y concreto, de multitudes supuestamente amorfas y grises, y de fábricas y oficinas vaciadas de todo adorno) eran el último bastión de un yo que se comenzaba a resquebrajar, como bien dijo Ángel Rama.

Pero *Diseño de interiores* nos habla desde el otro lado del lujo y el cosmopolitismo, a medio camino entre una casa vacía y una que se va poblando poco a poco, situada en una geografía indeterminada entre el “allá tan

RESEÑAS		POESÍA
lejos” y el acá. También desde el otro lado de las dicotomías del afuera y el adentro, de lo privado y lo compartido, de lo abierto y lo cerrado: la casa que es este poemario se hace de muchas casas que no es, está habitada también por quienes no viven allí, y por las memorias de quienes han estado en ella. Sus paredes son papeles con poemas, y con ellas se sostiene todo un mundo. Jose Castellanos		